

## 18.- OTRO MUNDO

Julián DELGADO CECILIA

*E- 23001. JAÉN. (España)*

**Lactarius 11: 124-128 ISSN: 1132-2365**

“Abuelo abuelo, abuelo abuelo”, gritaba insistentemente al tiempo que corría un despierto e impaciente zagal, al que su agitada respiración le impedía seguir hablando. Era tal su agitación, que el abuelo se preguntaba cual podía ser la causa de su sofoco; pues el crío estaba acostumbrado a corretear por el campo y trepar sin miedo ni fatiga a los riscos, lo que provocaba un fingido enfado de su acompañante, y es que el abuelo materno, un jubilado quince años antes de tiempo, del cuerpo de forestales, al que un rayo le dejó medio carbonizado durante la peor tormenta que aguantó en mitad de las serranías donde se paso casi toda su vida y porque en el fondo se identificaba con Samuel que así le pusieron al muchacho, y que fue la causa de una grave discusión y enemistad con la familia de su yerno, que ya tenía decidido que sería un José más en la lista de

los indianos, que era el mote que la familia tenía, y que le venía del segundo marido de su abuela, que estuvo muchos años en las Américas donde hizo fortuna, y que por envidia más que otra cosa las malas lenguas decían que con malas artes.

Pero ni la fortuna ni el empeño del padre sirvieron para que Ana, la madre del zagal, cediera lo más mínimo y, acorralada como una loba, argumentaba una y otra vez que su padre, su abuelo y el padre de su abuelo se llamaron Samuel y que su hijo también se llamaría Samuel, así que muy a su pesar los indianos tuvieron que ceder. Y es que menudos eran estos judíos, cabezones como ninguno, pero en el fondo las gentes del lugar los apreciaban porque ayudaban a sus vecinos en lo que podían, aunque también les tenían algo de respeto o recelo por su ascen-

dencia judía, que los había envuelto en una misteriosa e influyente conducta.

Así que el abuelo prestó atención a su nieto y escuchó lo que tanto le inquietaba.

Hablan, sabes, hablan, pero quienes hablan, le contestó, es verdad que hablan, yo las he escuchado, el abuelo volvió a preguntarle, pero quien; y crío todavía alterado le dijo, las setas abuelo. Lejos de burlarse de su nieto Samuel, sin dar muestras de sorpresa y con la mayor naturalidad volvió a preguntarle ¿y qué es lo que hablan?, el niño dijo no las entiendo pero hablan entre ellas. Esta situación no era la primera vez que surgía, pues desde que el crío comenzó a expresarse ya había planteado en más de una ocasión que escuchaba sonidos que nadie percibía. Fue en un reconocimiento médico cuando averiguaron que el pequeño Samuel podía oír una gama de frecuencias mucho más amplia que lo que el oído humano percibe, pero su abuelo ya lo sabía, pues el también tenía esta facultad, aunque nadie, mejor dicho casi nadie, conocía. Aunque es cierto que personalmente

él no había percibido que las setas hablaran, le contestó al chaval, y porque no, mira las setas no son vegetales tampoco son animales sin embargo tienen características de ambos reinos y otras bastante espectaculares que tan solo los hongos las poseen.

Pero, haber Samuel, dime, donde ha sido eso. El crío se puso aun más nervioso, se cogió de la mano de su abuelo y tiraba de él con vehemencia, deseoso de mostrar su descubrimiento. Cuando llegaron al lugar, observaron con atención y en silencio una formación en círculo (corro de brujas) de setas que él no había comido nunca, aunque si las había visto. Así estuvieron casi media hora, pero no pudieron observar nada que indicara que las setas hablaran. Después un poco decepcionados los dos, lentamente y cada uno con sus pensamientos, volvieron a la casa, donde ya les esperaba hija y madre de los excursionistas para comer.

Curiosamente, ese día el abuelo no echó su habitual siesta, sino que se dedicó a preparar la cámara de video, que por reyes le regalaron y además una grabado-

ra pequeñita que le pidió a su hija, donde grababa las recetas de cocina que daban por la radio o la televisión. Guardó los dos aparatos en una mochila y medio en secreto quedó con el nieto para volver a la mañana siguiente para hacer unas pruebas. Bien temprano, Samuel llamaba a su abuelo apremiándole para salir. Ese día fueron los primeros en desayunar y los primeros en salir de la casa. Ya en el camino, el abuelo le advirtió a su nieto que no hablara nada ni hiciese ruido cuando llegaran. El chaval asintió con la cabeza sintiéndose cómplice de algo extraordinario, sacaron la cámara, y la montaron en un trípode enfocando al corro de brujas y la grabadora la pusieron entre las setas pues a la cámara no le funcionaba el audio. Pusieron en marcha tanto la cámara como la grabadora, después en silencio se retiraron del lugar, y pasaron el rato dando un lento paseo, sin alejarse del paraje. Cuando calcularon el final de las cintas volvieron, recogieron el montaje y regresaron a la casa, como si lo hubieran hecho un ciento de veces. Sin decir ni pío, se dirigieron directamente al cuarto del abuelo, donde se dis-

pusieron a ver y escuchar lo grabado en el campo. ¿Qué ponemos primero? dijo el abuelo. Sin esperar contestación, rebobinó la cinta del magnetófono y pulsó para escuchar, mientras se esforzaban por descubrir algún sonido significativo que se saliera del monótono zumbido de una cinta sin grabar. El abuelo dispuso la cámara para reproducir en el televisor portátil de su cuarto, apareciendo la imagen estática del grupo de setas. Después de un buen rato sin apreciar nada en lo visto y escuchado, fue el pequeño Samuel al que se le ocurrió poner los dos aparatos al mismo tiempo y desde el comienzo de las cintas, solo había transcurrido cinco minutos cuando se escucho desde la cocina, *“la comida esta puesta”*.

Un poco contrariados, abuelo y nieto abandonaron su actividad y, después de lavarse las manos, acudieron a comer. *“Que estaréis tramando”*, dijo Ana cuando los vio entrar, hoy no os he visto en todo el día, no dices que no estamos por medio contestó el padre de Ana, si mamá, lleva razón el abuelo, además estamos investigando algo muy importante, apostilló muy solemnemente el

chiquillo. No esperamos a tu marido -preguntó Samuel a su hija, -no papá, me ha llamado hace un rato desde el taller que no le han terminado la reparación del coche, y que se quedaba a comer en el restaurante que hay cerca del trabajo. Después de comer el abuelo guiñó un ojo a su nieto y tácitamente abandonaron la cocina y volvieron al cuarto donde pusieron en marcha los aparatos. Ya había transcurrido casi un tercio del tiempo, cuando el magnetófono emitió una especie de silbido muy tenue. Has oído le dijo al abuelo el crío, se repitió este silbido tres o cuatro veces, después el silencio, transcurrió cinco minutos y volvió a repetirse el sonido pero en esta ocasión fueron dos los silbidos, se apreció claramente al ser de distinta agudeza uno del otro, también descubrieron que los sonidos coincidían cuando el viento movía la fina hierba que había nacido cerca de las setas.

Era ya más de media tarde, cuando Samuel le dijo a su nieto que estaba cansado, de tanto mirar y escuchar y que iba a descansar un rato, que saliera a jugar y que luego seguirían.

El pequeño Samuel no estaba muy de acuerdo, pero respetó el deseo de su abuelo sin protestar, tan solo le pidió que mientras tanto le dejara escuchar lo que quedaba en la grabadora, lo que acepto de buen grado el abuelo pero advirtiéndole que no fuese a borrar algo por error, no te preocupes abuelo que yo sé manejar la grabadora mejor que mi padre, y con aire de autosuficiente dijo ya te contare abuelo.

Samuel, ¿has oído algo más?, le pregunto el abuelo cuando salió del cuarto. No abuelo, se acabó enseguida la cinta, es que dura menos que la de la cámara. Bueno no te preocupes, mañana volveremos a ir, y haremos varias pruebas.

En efecto, al día siguiente abuelo y nieto, bien temprano ya estaban en el lugar acomodando sus aparatos, un poco sorprendidos pues las setas las encontraron un tanto cambiadas, aunque no sabían precisar en qué, no habían terminado de colocar la cámara, cuando un agudo y molesto sonido los inmovilizó. Después empezó a escucharse palabras sueltas sin sentido y pronto se entendía perfectamente, sois de las

pocas personas con quienes nos hemos comunicado, quizás por vuestra capacidad de oír sonidos que los demás no los pueden percibir, nos ha decidido a descubrirnos, por ahora nuestra comunicación ha concluido, todo depende de vuestra discreción el que volvamos a repetirla.

Abuelo y nieto se miraron, y sin hablar, emprendieron el regreso a la casa. Poco antes de llegar, el chaval pregunto, abuelo lo vamos a contar o lo mantene-mos en secreto, el abuelo mirando a Samuel le dijo, por ahora debemos de mantenerlo entre nosotros dos, luego lo decidiremos. Una vez en la casa dejaron sus trastos en el vestíbulo pues Ana estaba limpiando los dormitorios, y cualquiera se atrevía a pasar. Como era temprano, el abuelo se volvió a marchar a jugar una partidita de dominó y el crío salió detrás en busca de sus amigos.

Ya cerca de la hora de comer el abuelo regresaba a la casa un tanto pensativo, y no se percató de que su nieto se le acercaba, sobresaltándose cuando el crío lo saludó, en ti estaba pensando, le dijo el abuelo, mira Samuel he

estado hablando con un amigo, que fue profesor de biología en la universidad y su nieto está haciendo la tesis doctoral precisamente sobre los hongos, y se me ha ocurrido llevarle nuestras grabaciones a ver que les parece nuestro descubrimiento, pero tendrán que adaptarlas a una frecuencia audible, pues ellos no poseen nuestra facultad de oír otras frecuencias. Entonces, abuelo, se lo puedo contar a mis amigos, espérate a que mi amigo y su nieto nos den su parecer. Una vez en la casa Samuel le dijo a su nieto, súbete la grabadora, que voy a sacarle la cinta para llevársela esta tarde a mi amigo. Mamá donde está la grabadora preguntó Samuel, la he necesitado para grabar mis recetas y como la cinta que estaba dentro no tenía nada grabado la he utilizado, luego te compraré otra nueva, pero mamá saltó el pequeño, Samuel ven dijo a lo lejos el abuelo, quizás sea lo mejor no estaba muy seguro de contar nuestras experiencias, de manera que mejor guardar entre nosotros dos nuestro secreto, seguro que si lo contamos nos toman por chiflados.

